

IRA DE DIOS,

POEMA BIBLICO.

CANTO PRIMERO.

Canto de Dios la omnipotente saña,
La justicia de Dios omnipotente:
Justicia suya, y á piedad estraña,
Que ejercida por *El* con torpe gente,
Sobre el polvo infructífero que baña
El Muerto mar con fétida corriente,
La marca colosal dejó al impío,
De su justo y escelso poderío.

Espíritu de Dios, que eterno vives
Sin principio ni fin; tú que, uno y trino,
Al padre igual y al Hijo, no recibes
Ni das el ser de vuestro ser divino:
Tú, que en el libro de la ciencia escribes
Las memorias del tiempo y del destino,
Baja á mi mente, que si tú me inspiras,
Bardo seré de las celestes iras.

Ya al confin de los montes de Judea
Y entre negros peñascos, abre un valle
A un rio turbio, que sus piés rodea,
Honda, y desierta, y silenciosa calle.
Solo este rio su caudal emplea
Un lago en mantener, do es fuerza que halle
Su curso fin, y término el desierto:
Y allí es donde al Jordan traga el mar Muerto.

Sobre aquellas arenas movedizas,
Que el sagrado Jordan jamas fecunda,
Yacen bajo del lago las calizas
Ruinas de Pentápolis inmunda.
Allí es donde sus fétidas cenizas
El lodo amasan en que el mar se funda,
Y do están las impúdicas moradas
De las cinco ciudades condenadas.

Nunca aquellas estériles montañas
E infecundas arenas, han podido
Fermentar ni nutrir en sus entrañas

Flor campesina ni zarzal tupido:
Ni allí hicieron pastores sus cabañas,
Ni ganados jamas las han pacido,
Ni buscaron sus sombras las gacelas,
Ni surcaron su mar perdidas velas.

No se posó jamas un solo instante,
De aquellas rocas en las calvas crestas,
Buitre cansado ó golondrina errante:
Ni de sus cuevas lóbregas é infestas
Solitario leon fué el habitante:
Ni por sus lomas ásperas y enhiestas
Arrastróse jamas buscando asilo
Sierpe sagaz, ni verde cocodrilo.

Nunca las ondas de su esteno lago
Perfumada meció lánguida brisa,
Ni alzó murmullo soñoliento y vago,
En ellas columpiándose indecisa.
Eterno acento del eterno estrago,
De aquellos vailes la ecsistencia avisa
De eterna tempestad el eco ronco,
Que en el ancho arenal espira bronco.

Nada, nada hay allí que tenga vida:
Ni flor, ni insecto, ni bajel, ni fiera
Mantiene aquella tierra corrompida,
Revuelto mar y lóbrega ribera.
En esta tierra inerte y maldecida
Pesa de Dios la mano justiciera,
Y un paraíso á la delicia abierto,
En su comparacion es el desierto.

Mas no fueron lo que hoy en algun dia
Este valle, este mar, y estas montañas:
No fueron siempre al ruido y la alegría
De poblacion y de cultivo estrañas.
Un tiempo fué que Mayo las vestía,
No de musgo y silvestres espadañas,
Mas cercadas de bosques protectores,
De rubias mieses y olorosas flores.

CAPILLA ALFONSO X
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Entonces la cubrían sus vallados,
Y sus fecundos cerros coronaban
Alamedas, y huertos, y ganados,
Que las vecinas tierras envidiaban;
Reyes tenía, y pueblos, y soldados,
Que con armas y leyes la guardaban,
Y de sus armas y sus leyes fruto,
De las vencidas recibió el tributo.

Cobijábala entonces limpio cielo
Fecundador y azul, que allí vertía
Calor, que mas feraz tornaba el suelo;
Lluvia, que sus corrientes mantenía;
Aura, que al labrador siendo consuelo,
Daba á sus selvas mágica armonía,
A sus plantas vigor, jugo y colores,
Salud á sus robustos moradores.

Allí brotaba el cedro incorruptible,
El limonero allí de frutas de oro,
El umbrío moral, al sol sensible,
Del olivo y la vid el gran tesoro.
Y daban por do quier sombra apacible
Y gala á la campiña, el sicomoro,
El nogal, y los nopalos azules,
Las palmas y los recios abedules.

Y como en cercas, huertos y jardines
Por afanoso dueño cultivados,
Víanse allí crecer en los confines
De sus silvestres cotos y vallados,
Purpúreas rosas, pálidos jazmines,
Rojos claveles, alhelís morados,
Renúnculos, violetas y jacintos,
En ser iguales y en olor distintos.

De su aroma atraídos y frescura,
Y nacidos en medio de las flores,
Revolaba meciendo su aura pura
De insectos multitud, cuyos colores,
Inquietud, y susurro, y galanura,
Aumentaban del campo los primores,
Con sus alas y sonos dando al viento
Música dulce y manso movimiento.

En los espesos árboles, sus nidos
Colgaban contentísimas las aves,
Los ojos recreando y los oídos
Con plumas varias y gorgeos suaves;
Y entre el rumor de arroyos escondidos
Se mezclaban, ya plácidos, ya graves,
Al continuo balar de las ovejas
Y al sordo susurrar de las abejas.

Era entonces en fin un paraíso,
De la rica Pentápolis el suelo,
Y lo fuera por siempre si en aviso
Tuviera siempre su temor al cielo:
Mas provocarle á la venganza quiso
Con torpe rito y con inmundo anhelo,
Y el cielo se cansó de su insolencia,
Y fulminó sobre él fiera sentencia.

Pródigo el sumo Dios, vertió en su seno
Gracia, placer, fertilidad y vida;
Pero sus dones convirtió en veneno
La raza de aquel suelo corrompida.
Dios le dió un corazón sencillo y bueno,
Y en sencillez inculta mantenida
Fué su raza leal, sencilla y buena,
A desdichas y crímenes ajena.

Pero cambió su ser con la ventura;
Creció con su riqueza su osadía;
A las tierras vecinas dió pavura
El poder al mostrarlas que tenía,
Y adoró su poder: y en su locura,
Olvidando á su dios su altanería,
De abominables culpas se hizo rea
Pentápolis, baldon de la Judea.

Todo lo trastornó; todo lo puso
En distinto lugar do fué criado,
Con dañada intencion y torpe abuso,
Todo al fin convirtiéndolo al pecado.
Los ojos apartó su pueblo iluso,
Del Dios que con piedad le habia mirado,
Y levantando altares á sus vicios,
Ofrecióles inmundos sacrificios.

Vallas no tuvo ya, no sintió freno:
Fué su Dios el placer, su ley el gusto;
Cuanto le deleitara dió por bueno,
Cuanto sirviera á su placer, por justo;
Y el corazón y el pensamiento lleno
De su torpeza, sin pudor ni susto,
La raza de la impúdica Sodoma
Vergüenza fué de la impudente Roma.

Gomorra, Seboin, Segor y Adama,
De su tierra hermosísimas ciudades,
Frutos podridos de la misma rama
La siguieron al par de sus maldades:
Y á par ganando abominable fama,
Alcanzaron á ser sus liviandades
Con rito vil y torpe ceremonia,
Escándalo á la misma Babilonia.

La mujer, que del hombre compañera
Nació, su fé para alentar en vida,
Mas fácil para hacerle y llevadera
Su coexistencia, entre duelos consumida;
En la abominacion fué la primera,
Y cuanto débil mas, mas atrevida,
Patentizó con vil desenvoltura
A los ojos del crimen su hermosura.

Callaron ¡ay! cediendo á sus caricias,
Dudas, remordimiento y padeceres;
Porque hijas de esta tierra de delicias,
Nacidas al amor y á los placeres,
De su amor ofreciendo las primicias,
Era la liviandad de sus mujeres,
Del hombre rudo al apetito ciego,
Segura red, é irresistible fuego.

Por sus pasiones viles dominado,
Hecho por fin de sus sentidos siervo;
De su celeste origen olvidado,
Y en su abandono y ceguedad protervo,
En el ara del templo profanado,
Dando á su solo Dios pesar acerbo,
Colocó á la mujer audaz el hombre,
Y de su mismo Dios prestóla el nombre.

Admirando en la lumbre de sus ojos,
Y en la espiral de sus flotantes rizos,
De su amoroso ceño en los enojos,
Y en su grata sonrisa, mil hechizos,
Adoró su capricho y sus antojos,
Sus dotes adoró mas quebradizos,
Y tomando por dioses sus mujeres,
Divinizó con ellas sus placeres.

Divinizó las notas de su acento,
Divinizó los besos de su boca,
Divinizó el aroma de su aliento;
Y en la embriaguez de su licencia loca,
Ajeno á todo noble sentimiento,
Su impía adoracion juzgando poca,
Arrollado el pudor, roto el decoro,
Dijo: "La hermosa desnudez adoro."

Y no fué parte de su cuerpo bello
De que un ídolo infame no se hiciera:
Su breve pié, su alabastrino cuello,
Su pecho, que al marfil envidia fuera,
Las perfumadas trenzas del cabello,
Cuanto al pudor nombrándose ofendiera,
Dando inauditos de torpeza ejemplos,
Se adoraron por calles y por templos.

Cansáronse el buril y los cinceles
En grabar tan groseras alusiones;
Premio fueron las palmas y laureles
De las mas execrables invenciones:
Espiró en los tormentos mas crueles
Quien sus ritos llamó profanaciones,
Y elevaron do quier en pedestales,
De su creencia inmunda las señales.

Con estos geroglíficos impuros
Se adornaron los pórticos, las fuentes,
Las plazas, y las calles y los muros;
Y no quedaron ojos inocentes,
Ni oídos castos, ni recuerdos puros,
Ni rubor en los rostros impudentes;
Ni cerró nada mas aquel recinto,
Que infamia imbécil y brutal instinto.

Los vicios desde allí virtudes fueron,
Los vicios desde allí se alambicaron,
Y en cuantos vicios abarcar pudieron,
Con vértigo carnal se encenagaron.
Con cuantos atractivos concibieron,
La torpeza del vicio engalanaron;
Y en la mas terrenal idolatría,
Desbocada Pentápolis corria.

"¡Orgia! ¡orgia!" los réprobos gritaban:
"¡Orgia! ¡el placer es nuestro Dios!" decían,
Y blasfemos cantares entonaban,
Y en festines opíparos bebían;
Y con ardientes vinos escitaban
El fuego en que sus ánimas ardían,
Y espiraba en los anchos arenales
El ruido de sus largas bacanales.

Ningun delito entre ellos era nuevo,
Ningun refinamiento ó torpe aliño
Que pudiera al placer servir de cebo;
Y útil era la bestia, el leño, el niño,
Y la viuda, la virgen y el mancebo. . . .
Mas tente, pluma, que en maldad te tiño,
Y á llevarte adelante no me atrevo:
Que á lo que el mismo Dios volvió sus ojos,
Diera en mi voz al universo enojos.

Volviólos, sí, su creadora lumbre
Negando á tan impúdica torpeza:
Apartólos de aquella muchedumbre
Que, profanando su mortal belleza,
Del vicio en la asquerosa podredumbre
Enfugó su feroz naturaleza,
Dejándola sin freno y sin cuidado,
Desbocada correr tras el pecado.

Se hundió en lo mas recóndito del cielo
A pesarado Dios cuanto ofendido,
Haciendo entre *El* y los humanos, velo
Del aire y del espacio indefinido:
Y al pensar á la raza de aquel suelo
En aplicar castigo merecido,
Su espíritu asaltó santa tristeza,
Cediendo á su piedad su fortaleza.

Que no fué nunca el Dios de los humanos
El Dios que al ruego se resiste y huye,
Y la obra bella de sus propias manos,
Con caprichosa saraçon destruye.
No es nuestro Dios el Dios de los tiranos,
Que con la fuerza al corazón arguye,
Sino es el Dios que la inocencia abona,
Y oye al que ruega, y al que cree perdona.

No es nuestro Dios el Dios de la venganza,
Que se goza en el mal y el duelo ajeno,
Y sofoca la luz de la esperanza
Convirtiéndolo su bálsamo en veneno.
No es Dios el Dios á quien jamas se alcanza
Ebrio de su poder, de su ira lleno,
Sino el Dios que despeja el ceño adusto,
Benigno oyendo la oracion del justo.

Es nuestro Dios el Dios de las piedades,
Es el Dios del consuelo y la indulgencia:
El Dios á quien si enojan las maldades,
Desarman la humildad y penitencia:
Es el Dios que perdona las ciudades,
De diez justos no mas por la inocencia,
El Dios que el crimen sin piedad castiga;
Pero es el Dios que castigando obliga;

El soberano Dios justo y severo,
Que el rayo al fulminar de su justicia,
Al torpe criminal muestra primero
La inmensa gravedad de su malicia;
El Dios que llama al corazón sincero
Del pecador cuyo perdón codicia,
Para que al conocer su omnipotencia,
Con ruegos le desarme y penitencia.

Dios, es el Dios que con afán prolijo
Formó la creación, y viendo luego
La maldad de los hombres, les maldijo,
Su raza en extinguir pensando ciego;
Mas escuchando de su escelso Hijo,
Antes de destruirla el santo ruego,
Dijo mostrando su infinito encono:
"A precio de tu sangre les perdono."

CANTO II (1).

De Hebron en la comarca bendecida,
Hay un valle amenísimo y fecundo,
Que la nación de Jehová escogida
Llamaba de Mambré: no encierra el mundo
En su extensión del hombre conocida,
Ni en la que hasta ora solo el mar profundo
Viera, y á do jamás pié vacilante
Llegó de peregrino ó navegante;

Ningun país do con mayor largueza
Derramara el Señor sus bendiciones;
Pródiga allí mostró naturaleza
En pompa singular todos sus dones:
Uniendo á la hermosura la riqueza,
Míranse allí á la par las estaciones,
Y otoño, primavera, flor y fruto,
Unido al hombre ofrece su tributo.

Allí el nogal junto á la palma crece,
Y el oloroso cedro y manso tilo,
Y el plátano flexible se estremece
A la sombra del álamo tranquilo:
Allí el haya frondosa, amante ofrece
A la sencilla tórtola un asilo,
Y el sauce, el tamarindo y sicomoro,
Con el árbol se ven de frutos de oro.

El fuerte olivo, de inmortal verdura,
Crece lozano al margen de la fuente;
La prolífica vid en la espesura
Gime bajo su fruto transparente;
Mientras allá en la espléndida llanura,
Al blando soplo de fugaz ambiente,
Las doradas espigas á millares
Se mecen cual las olas de los mares.

Al borde suena aquí de la quebrada,
Del buey el melancólico mugido,
Bajo la sombra allí de la enramada,
De las mansas ovejas el balido:

(1) Este canto es del señor Quevedo.

Y al volver por la tarde á la majada,
Pueblan el aire en múltiple sentido
Pastores, y ganados, y cencerros,
Y el hourado ladrado de los perros.

En este valle tan feraz y ameno,
Lejos del aire corruptor mundano,
Y á su amargura y crímenes ajeno,
Vivia en aquel tiempo un buen anciano,
De años cargado y de riquezas lleno:
Padre mas bien que duro soberano
De sus siervos, el rey de los pastores,
Tenia allí su tienda entre las flores.

Llamábase Abraham,—en el lenguaje
Que usaba entonces la nación hebrea,
Padre de muchos.—Cuando en tardo viaje
Vino allí de la tierra cananea,
Así le habló el Señor: "De tu linaje
Saldrán reyes ilustres de Judea;
Mas que reyes aún, saldrá el Mesías,
Cuando se cumplan los fijados días."

Y el patriarca esperaba el cumplimiento
De las promesas de su Dios, seguro,
Y su vida pasaba en curso lento,
Como las ondas de arroyuelo puro.
Jamás manchó su vida turbulento
El crimen, ni agitó deseo impuro
Las aguas cristalinas de su alma,
Que reposaban en tranquila calma.

Delante de su tienda,
So la enramada umbría,
Cuando del mediodía
Mas vivo es el calor,
Está Abraham sentado
En plácido sosiego;
Mas súbito un gran fuego
Ante sus ojos vió.

Alza la vista al punto,
Por ver de dónde vino,
Y un rojo torbellino
Miró cerca de sí;
De cuyo oscuro centro
Salieron tres varones,
Que ven sus emociones
Con blando sonreír.

Entonces el buen anciano
Con susto se levanta,
Y la insegura planta
Dirige hácia el Señor,
Diciendo: "Si tu esclavo
Halló en tus ojos gracia,
Debajo de esta acacia
Descansa por favor.

Para tus piés divinos
Traeré el agua mas pura,
Y aqueña tierra impura
Yo mismo lavaré,

Y de mi tienda humilde,
Bajo el amigo toldo,
Cocido en el rescoldo
Mi pan os partiré."

Entonces los tres varones,
"Haz como has dicho" dijeron;
Y entró Abraham, presuroso,
So el hospitalario techo.

Y dijo á su esposa Sara:
"Tres sotos amasa presto,
De flor de harina, y haz panes,
Y cuécelos bajo el fuego."

Y corriendo á la vacada,
Cogió un hermoso becerro,
Diólo á un mozo, el cual al punto
Lo mató, y cociólo luego.

Y manteca y leche pura
Tomó tambien, y dispuesto
Ya el festin, sirvióle él mismo
A los fúlgidos viajeros.

Luego que hubieron comido,
Dijo así el mayor de entre ellos:
"Descubrirete quiero ahora
Mis designios sempiternos.

Pentápolis torpe se lanza
En manos del crudo Abdalon;
La puse en mi eterna balanza,
Su crimen el peso inclinó.

Sodoma su grito ha aumentado;
Adama se goza en su error;
Dobló Seboin su pecado,
Y Gomorra pecó sin temor.

Desciendo á la fértil llanura,
Y allí por mis ojos veré
Si la obra satánica impura
Del crimen colmó su altivez."

Y saliendo, el camino tomaron
De Sodoma hácia el fértil confin;
Mas no mucho de allí se apartaron,
Que Abraham resolviéndose al fin:

"¿Destruiré, gran Señor, tu justicia,
En injusta sacrilega union,
Del imperio la torpe malicia,
Y del justo el leal corazón?

Lejos, lejos, Señor, de tu mente,
Una acción tan indigna de tí;
¿Verteráse la sangre inocente,
Porque viva entre el vicio infeliz?

Si justos en Sodoma hallas cincuenta,
¿Tendrán igual fortuna
Que la impía muchedumbre turbulenta
Que en el pecar se auna?

—Si hallo cincuenta justos en la impía
Ciudad, ten por seguro
Que no enviaré la muerte y la agonía
Sobre el malvado muro.

—¿Y si hallas cinco menos?—Su recinto
Perdonaré clemente.
Y si faltaren diez, ¿será distinto
El fin de tanta gente?

—Perdonaré tambien.—¿Si quince hallares
De menos en la cuenta?
—¿Perdonaré por ellos mil millares!
—¿Y si hallas solo treinta?

—¿Tambien?" Mas Abraham, con rudo ahinco,
Siguió de aquesta suerte:
"¿Y si solo se encuentran veinte y cinco,
Les enviarás la muerte?

—Por veinte, ó quince, ó diez, si los reunes,
Tú mi palabra toma;
Por amor de los diez, serán impunes
Los vicios de Sodoma."

Mas cuando el claro sol anuncia al mundo
Que nace un nuevo día,
Caerá entera en el báratro profundo,
Pentápolis impía.

CANTO III.

Faltó la luz de los divinos ojos
En la comarca de la tierra impura,
Y el sol la iluminó con rayos rojos
De sangriento color: por su llanura
Barrió sus mieses, árboles y abrojos,
Ráfaga ardiente. Por do quier augura
La lobreguez en que la tarde cierra,
La enemistad del cielo con la tierra.

Pronto los gigantescos nubarrones,
Que aglomeró tempestuoso el viento,
Robaron á los ojos las regiones
De la extensión azul del firmamento.
Pronto impotente el sol sus pabellones
No pudo atravesar, y en tal momento,
A mitad de la tarde espiró el día
Por el recinto de la tierra impía.

Sobre ella solo el colosal nublado
Se cernía en los aires suspendido,
El cerco de su suelo condenado
Dejando con su sombra oscurecido.
Mas dejando á la par iluminado
El terreno en redor no maldecido,
Reinaba solo en la comarca impía
Noche temprana, pero en torno el día.

Tal fué la marca y funerario velo
Que la puso el Señor, la gran sentencia

Al fulminar sobre el infame suelo
Que despreció su paternal clemencia.
Y separada así de tierra y cielo,
Y decretado el fin de su existencia,
Al santo ejecutor de su destino
Llamó á sus piés el Hacedor divino.

Al eco de su acento poderoso,
Vaciló el universo estremecido,
Y al eco de su acento, presuroso
Voló á sus piés el ser desconocido
Que evocaba su voz: ser pavoroso,
A cuyo brazo el orbe sometido,
Una señal del Creador espera
Para incendiar la creacion entera.

¡Oh! tú, cuyo fanal mis pasos guía,
De cuya luz inestinguible mana
El raudal de la sacra poesía,
Genio radiante de la fé cristiana!
Tú inspira aliento á la garganta mia,
Da tú vigor á mi palabra humana,
Para hacerme escuchar de los mortales,
Al cantar los misterios celestiales.

En un confin recóndito del cielo,
De una selva viviente circundado,
Dense y confuso y misterioso velo
Que le tiene del orbe separado,
Hay un alcázar de azabache, oscuro,
Que en un hondo torrente ensangrentado,
La sombra pinta de su inmenso muro,
En contornos de sangre reflejado.

Jamas el aura de perfume henchida,
Que en los jardines del Eden murmura,
En tal lugar estremeció perdida
Del rudo bosque la hojarasca dura;
Ni el sol radió con fugitiva lumbré,
Ni sonó por la lóbrega espesura,
Ni retumbó en la cóncava techumbre
Mas que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color, é inmóvil,
Que aquel recinto por do quier rodea,
Hace el pavor de quien se acerca doblé,
Y doble el caos á quien ver desea:
Solo se alcanza entre las altas puntas,
Que el recio vendabal nunca cimbré,
Entre dos torres del alcázar juntas,
Un faro que en la sombra centellea.

Ni ser alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;
Ni arcángel sabio, ni profeta diestro,
De este sitio alcanzó confusamente
Mas que la lumbré del fanal siniestro
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,

Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamas ojo atrevido;
Ni mas sol alumbró que el rayo rojo
Del fanal en sus torres suspendido,
Tiene el Señor las arcas de su enojo,
Y el horno de sus rayos encendido,

Y allí vive un espíritu terrible,
Que al son de aquellas aguas se adormece,
Y á los ojos de Dios solo visible,
Al acento de Dios solo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
Cuando deja el lugar do se guarece,
El rayo ardiendo y el careaj al hombro,
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,
La eternidad existe en su memoria:
El solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia:
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria,
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torvo que las vidas cuenta,
Vela de Dios el arsenal ardiente,
Y los ultrages del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
Relincha con la voz de la tormenta,
Y allí está con su lanza y su loriga
La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible,
El ancho vaso hasta los bordes lleno,
El tremendo licor incorruptible
De las iras de Dios; y en su hondo seno
Se fermenta la esencia del granizo,
Y de la peste el infernal veneno,
Y el gérmen del relámpago pajizo,
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impela,
El zumo allí de la cicuta hendida,
La sed del tigre que la sangre huele,
Y de la hiena la intencion torcida.
Y allí bulle en el fondo envenenado,
La única de furor lágrima hervida,
Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inespugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente,
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente,
Y los vicios, en torpe muchedumbre
Se apiñan á beber la luz caliente
De aquel fanal, de cuya viva lumbré
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina,

El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
Ase la copa, y por do quier camina,
El aire inflaman sus airados ojos,
Y las estrellas con los piés calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
Bajo sus alas cruje; desgrenaada,
De armas y quejas con estruendo bronco,
La guerra detras de él va despeñada:
Y asidas á las orlas de su manto,
Van tras él con la muerte descarnada,
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambicion de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
Y entolda su magnífica apariencia:
El disco de la luna se enrojece,
Y mancha el sol su fulgurienta esencia.
Do quier las nubes, que su sombra evitan,
Se chocan y se rompen con violencia,
Y cometas do quier se precipitan,
Présagos ¡ay! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
Y con gigante voz muge y atruena;
La planta de sus piés torna en ceniza
La limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina;
Pisa en el valle, y de fetor le llena;
Y en la ciudad que á perecer destina,
Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable
Lanzó al desnudo Adán del paraíso,
Y de su raza en él junta y culpable,
Fijó á la vida término preciso.
El arrancó en el Gólgota empinado
El ¡ay! postrero que exhaló sumiso
El Dios, que de la mancha del pecado
Borrar la sombra con su sangre quiso.

El turbó la insensata ceremonia
Del pueblo santo ante el becerro impuro:
Sentenció á Baltazar y á Babilonia
Con tres palabras que pintó en el muro:
Inspiró al receloso Ascalonita
El degüello fatal, y abrió seguro
Nicho á Faraon, que con su gente habita
Del indignado mar el fondo oscuro.

El llevó el fuego de Alarico á Roma,
Llevó á Jerusalem á Vespasiano,
En una noche convirtió á Sodoma
En lago impuro y en vapor insano;
Rompió las cataratas del diluvio,
Cegadas al impulso soberano,
Y encendió las entrañas del Vesuvio,
Que busca sin cesar otro Hereulano.

Y ese será el espíritu tremendo
Cuya gigante voz sonará un dia,

Y á su voz, de la tierra irá saliendo
La triste raza que en su faz vivia.
La creacion se romperá en sus brazos;
Y cuando toque el orbe en su agonía,
Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos,
¡Qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

Tal fué el arcángel, que la voz oyendo
Del sumo Dios, su habitacion dejando,
Y á la voz del Señor obedeciendo,
A los piés del Señor partió volando.
Y el espacio un instante oscureciendo,
Y los mundos un punto dislocando,
En la mitad de las celestes salas
Al gritar: "Heme aquí," plegó las alas.

De la Salen divina á su presencia,
Suspendióse la gloria de improviso.
Reverberó en su faz la omnipotencia,
Y el justo la cerviz dobló sumiso.
Postróse en redor con reverencia
Todo ser morador del Paraíso,
Y al misterio terrible quedó atento
En silencio y pavor el firmamento.

Rasgóse el pabellon de pedrería
Que de la Trinidad cerca el santuario,
Y el gérmen de la luz que se escondia
Bajo el tapiz viviente del Sagrario,
Vertió la lumbré del eterno dia
Desbordada á un impulso involuntario,
Y alumbró el firmamento de tal modo,
Que su inmenso esplendor lo cegó todo.

Qual oscuro tizon, espiró luego
Ahogado entre su luz el sol brillante:
Puntos de sombra, sin color su fuego
Fueron los astros de su luz delante:
Y todo ojo inmortal quedó al fin ciego
En tan supremo y temeroso instante:
Y todo, en fin, cuanto creado estaba,
Con la luz del Señor reverberaba.

Un cuerpo solamente resistia
El resplandor de la infinita hoguera:
Una sombra no mas manchar se via
La luminosa creacion entera.
Una no mas permanecer podia,
Y á un espíritu solo dable fuera
Resistir á su fulgido dominio:
El ángel del dolor y el esterminio.

El nada mas fatídico levanta
Su aterradora y colosal figura,
Entre tanto esplendor y gloria tanta
Triste, medrosa, funeral y oscura.
Solo él espera con inmóvil planta
Al Dios que llena el orbe de pavara:
Solo él no tiembla cuando Dios respira,
Solo él de frente su semblante mira.

Abriéronse las puertas eternas
Del sagrario de Dios, en cuyo interno